

á retroceder hacia el puerto, en donde entraron el día siguiente. Llegó á noticia del rey la vuelta de los Padres; y mientras pensaban estos fletar otro buque de mayor porte, mandó el rey que se aparejase para transportarlos la real fragata *Sibila*. Por este nuevo favor fue el P. Angiolini á dar gracias á S. M. en el sitio real de Pórtici, donde residía, siendo amorosa y cordialmente acogido. La reina le hizo entregar una carta autógrafa para el general Acton, en que le recomendaba con toda eficacia el negocio del restablecimiento de la Compañía de Jesús en Sicilia.

Esta carta comendaticia de la reina para el general Acton iba acompañada de una esquila muy cariñosa al P. Angiolini del tenor siguiente: «Padre Angiolini. — Al mismo tiempo que os deseo feliz viaje, detencion gustosa y pronta vuelta, os envío una mía para el general Acton, en la cual le recomiendo con toda eficacia vuestros negocios. Le hablo de mi gran estimacion de vuestro Instituto, de vuestros hermanos y de vuestra persona. Os envío tambien la carta para vuestro P. General. Adiós. Os deseo feliz viaje y volver á veros presto en Nápoles; y creedme, que soy con verdadero y eterno aprecio vuestra respetuosísima afecta — CAROLINA.» Parece verdaderamente que se olvida Su Majestad de que es reina, segun es la ternura, cordialidad y familiaridad con que trata al Padre¹.

El día 17 de Abril se embarcaron de nuevo los Padres en la real fragata; y en menos de dos días anclaron en el puerto de Palermo, á donde les había precedido la noticia del arribo y los aguardaba un gentío inmenso. De las demostraciones de afecto con que fueron recibidos los Padres en Palermo, hace una sucinta reseña el P. Angiolini en carta de 2 de Mayo, que dice así:

«Á 30 del pasado Abril con una comitiva de treinta y tres de los nuestros aporté á Palermo con una felicísima navegacion en la fragata real la *Sibila*, y á expensas de S. M. Mucho ántes debía haberme trasladado acá para la fundacion de estos cole-

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 108.

gios; mas detuviéronme las urgentísimas ocupaciones de Nápoles, y no fue posible abandonar tan pronto aquellos domicilios.»

«Acogiéronnos aquí con un transporte y unas demostraciones de júbilo, que rayan en lo increíble: apenas podíamos penetrar por entre las turbas á los coches, que estos afectísimos señores habían traído á la playa, para conducirnos y acompañarnos á la casa profesa. ¡Cuántas bendiciones á Dios y al rey se elevaban hacia el cielo! «Viva Jesús, viva la fe,» eran los gritos que más se oían por todo el camino. Todas las órdenes religiosas en corporacion, todos los gremios de sacerdotes y seculares han venido á darme el parabien y visitarme, como tambien tres obispos que aquí se hallaban, y varios magistrados, y el mismo virrey, señor de bellissimo corazon, el cual me dijo: «Yo tuve la desgracia de tener que ejecutar la expulsion; y ahora tengo el inmenso gusto de recibir yo mismo á los mismos sujetos entre las aclamaciones y fiestas de todo el reino.»

«Apenas divulgada por Palermo la noticia de nuestro arribo, las principales ciudades del reino han expedido sus diputados y escrito cartas apremiantes para lograr tambien ellos la Compañía. Al momento se ha empezado á predicar en los días de costumbre en otros tiempos; y el vastísimo templo de la casa profesa casi no puede contener el número de personas, cada día creciente, de los pueblos circunvecinos, que acuden á confesarse con los jesuítas. Es este un espectáculo no interrumpido de ternura, que no lo he visto igual en mi vida. Tres casas tenemos ya: la casa profesa, el colegio máximo y el seminario de nobles; somos sesenta sujetos; pero el Señor nos va enviando candidatos escogidos y de un mérito particular, etc. — Palermo, 2 de Mayo de 1805. — CAYETANO ANGIOLINI, S. J.»

Sobre el mismo asunto da pormenores más detallados y muy edificativos la siguiente carta del P. Ignacio Amaya escrita desde Bolonia á una religiosa de la Visitacion de Módena.

«Á pesar,» dice, «de mi largo silencio no he echado en olvido el honroso y agradable compromiso que con V. contraí el día que tuve el gusto de conocerla, de darle noticia de todo lo más

notable que fuese ocurriendo en nuestros negocios; y mal podría olvidarlo, cuando lo tengo por un señalado favor que V. me dispensa.»

«Días ha que sabemos la traslación de muchos sujetos desde el colegio de Nápoles al de Palermo y la cordial acogida que les han hecho aquellos señores palermitanos; pero tratando de informar á V., no he querido hacerlo sino cuando tuviese carta circunstanciada de alguno de allá, que me alejase del peligro de decir más de lo justo, lo que es muy fácil cuando se trata de referir cosas que agradan. Hoy que tengo noticias fidedignas por carta dirigida al cardenal Valenti Gonzaga, que se la ha dado á leer á uno de los nuestros, voy á decir á V. lo siguiente.»

«Se embarcaron el 29 de Abril hacia el anochecer treinta y cuatro jesuitas en un buque de guerra de S. M., cuyo capitán es el Sr. Acuña, español generoso, que los trató muy magníficamente todo el tiempo que duró el pasaje. Quería este señor darles una comida el día del desembarco; pero no lo consintió el P. Tomasi, que por la mañana muy temprano fue á visitarlos desde Palermo. En los dos días que duró el viaje se ocuparon los Padres en dar una misión y en oír las confesiones de los marineros y de cuantos quisieron aprovecharse de aquella coyuntura; y fue una bendición de Dios ver el buque convertido en casa de oración, siendo, como era, ántes una sentina de juramentos y blasfemias.»

«Cuando comenzó el desembarco, en el puerto y la playa había un diluvio de gentes y coches de los señores de Palermo, que á porfía corrieron á recibirlos apenas circuló la noticia del arribo. Todos fueron conducidos en dichos carruajes desde el puerto á la ciudad, que dista de él un par de millas, seguidos de mucha gente á pie, y que á voz en grito iba diciendo: «Viva la fe de Jesucristo, viva la religión católica, viva la Compañía, viva el rey.» Lloraban los jesuitas, lloraba la gente, y hasta la de mar, inconsolable porque perdía á sus compañeros de viaje y sus misioneros. Fue tanta la conmoción de esta gente, que uno de los oficiales de guardia exclamó atónito muchas

veces: «¡Esta sí que es religión! ¡oh qué religión! ¡oh que religión tan santa!»

«El P. Goya¹, uno de los dos españoles que estaban en su compañía, y que en el momento de desembarcar se ocupaba en oír una confesión en lugar apartado, ni advirtió que los demás saltaban en tierra, ni nadie en aquella confusión se acordó de avisárselo. Terminada la confesión, saltó también él, y rehusando el cortés ofrecimiento de un calesero que pretendía llevarle de balde á la casa profesa, quiso ir á pie, y le acompañaron como unas cincuenta personas que quedaban aún en el muelle: y cuando llegó á dicha casa, no pudo penetrar por la puerta, y tuvo que ir por la iglesia, cuya sacristía, apenas entró en ella, se cerró por dentro para impedir que tras él penetrara á pelotones la gente.»

«La casa profesa estaba inundada de las personas más ilustres de la ciudad, príncipes, duques, marqueses, canónigos, y todos los Superiores de las órdenes religiosas; y el último que llegó fue el Arzobispo, y se mostró tan conmovido al ver aquel público aplauso, que sin dar tiempo á que el P. Angiolini, jefe de la expedición, pidiese á Su Señoría Ilustrísima las facultades y licencias de predicar, confesar, etc., se las concedió todas, añadiendo las de casos reservados, y diciendo que esperaba de aquellos Padres la santificación de su pueblo. Las religiosas, que personalmente no podían visitar á los Padres, enviaron sus recados y regalillos, que sirvieron de un poco de sosten y refrigerio á los mismos, que aquel día comieron muy tarde. El P. Angiolini no pudo excusarse de ir á comer el día siguiente con el general Acton.»

«Mucho hay allí que trabajar, y los sujetos no bastan para Palermo. También Messina los pide, y su pretensión es muy

¹ El P. Pedro Goya fue natural de Azauza, en Navarra. Nació en 6 de Abril de 1741: entró en la Compañía en 25 de Octubre de 1760: hizo la profesión á 25 de Mayo de 1806, y murió en Loyola á 21 de Febrero de 1821.

justa, porque la mayor parte de las rentas procede de aquella ciudad, y en ella está el noviciado, intacto hasta el día de hoy. Esto es cuanto en dicha carta se contiene. — Bolonia, 15 de Junio de 1805.»

No paró aquí el afecto y entusiasmo de Palermo por la vuelta de sus venerados Padres á aquella isla. En los días siguientes creció incomparablemente el concurso de toda clase de personas: los principales de la poblacion, los Superiores del clero, así secular como regular, las autoridades y la nobleza, todos á porfía volaban á ver á los Padres y darles el parabien por el feliz arribo á Palermo.

Mas el espectáculo verdaderamente admirable tuvo lugar cuando se dio principio en la iglesia de la casa profesa á los ministerios con una tanda de ejercicios espirituales. Acudió en tropel el pueblo; y el fruto correspondió á la concurrencia, como se vio en el número prodigioso de gentes que se acercaron á los Santos Sacramentos de confesion y comunión en el último día, que fue el de Pentecostés. Terminóse la función con una solemne acción de gracias á Dios, á la que asistieron en pompa solemne el señor Arzobispo, el virrey, el juez del reino, los presidentes de los tribunales y la nobleza con numeroso concurso del pueblo.

Todas estas cosas animaban á los Padres á expender sus fuerzas y trabajos en pro de las almas; y aunque la mayor parte de ellos eran ya ancianos y achacosos, siempre estaban prestos á trabajar sin tregua ni descanso en escuelas, púlpito y toda suerte de ministerios. Así fue que el P. Tomasi, Superior, pudo escribir al P. Pignatelli en estos términos: «Como Superior de esta casa profesa tengo motivo de gran satisfaccion y consuelo, cuando veo á estos respetabilísimos adre, que Paunque decrépitos y privados de los medios y comodidades á que han renunciado por reunirse á la Compañía, son incansables en los ministerios, exactos en la regular observancia, y tan estrechamente los tiene unidos la caridad y el amor recíproco, que cuando queda un poco de tiempo libre y estamos todos juntos, cualquiera puede

echar de ver que aquí reina, á Dios gracias, la amistad más envidiable y sincera.»

Así el P. Tomasi, sin sospechar indudablemente que tal vez era el P. Pignatelli á quien más parte cabía, después de Dios, en aquellos tan patentes prodigios de la gracia. Era cosa averiguada, que cuando el Siervo de Dios pedía al cielo algun favor extraordinario, acompañaba la súplica con particulares maceraciones. Y ahora se observó que durante toda la novena de Pentecostés se azotó tan reciamente cada noche, que quien vivía pared por medio, oyendo el ruido de los golpes, estuvo para levantarse varias veces é ir á hacer que suspendiese tan espantosa carnicería.

Y no era únicamente con instrumentos ruidosos como se martirizaba el Siervo de Dios; sino que adoptaba otros arbitrios que con menor estrépito mortificaban con mayor crueldad. Entró en su aposento un criado de la casa, mientras el Padre estaba fuera, y quiso hacerle la cama; y al levantar el colchon, vio las tablas erizadas de puntas de hierro; y fue tal el espanto que le causó aquella vista, que sin pasar adelante, puso la cama como la había hallado, y se salió del cuarto, temiendo que llegase el Siervo de Dios y le sorprendiera en aquella operación.

Que la santidad del P. Pignatelli diese eficacia y vida, y atrajese sobre los ministerios de los Padres las bendiciones de Dios, era cosa á todos conocida, y lo prueba el caso siguiente. Enfermó de súbito en Nápoles un Padre que debía predicar en la iglesia del colegio el penúltimo viernes de cuaresma, y nadie se acordó de encargar el sermón á otro, hasta que ya estaba el templo atestado de gente aguardándolo. Avisado de esto el Padre José, baja con prisa al atrio de las escuelas, llama al P. Fortis, que era prefecto de ellas, y le participa su deseo de que supliese por el predicador. Mientras el buen Padre alegaba modestamente sus razones para librarse de aquel compromiso y ambos iban paso á paso hacia la sacristía, sale otro Padre diciendo que ya era hora de subir al púlpito.

Entonces el P. Fortis, por ventura acordándose de lo que en

semejante ocasion le pasó en Colorno, volvióse al P. Provincial, y le dijo: «Rece V. R. una *Ave María*, y yo *in verbo tuo laxabo rete*.» Prometióselo el Siervo de Dios, y se lo cumplió. «Yo no tuve más tiempo,» dice el P. Fortis, «que para ponerme el roquete, y mientras tanto abrir el misal para leer un texto sobre qué hablar. Topé con el evangelio de la fiesta de los Dolores, que se celebraba aquel día, y sin mas subí al púlpito. Qué me hice yo allí ó qué dije, no lo sé. Sé que hablé con facilidad y soltura; sé que empecé por las primeras palabras que me vinieron á la cabeza y á la lengua; sé que durante el exordio pensaba en los puntos que había de proponer, y que me ocurrieron muy á propósito; sé que mientras exponía y declaraba un punto, estaba digiriendo y ordenando lo que tenía que decir en el otro; sé que no encontraba dificultad en probar las proposiciones, enlazar los argumentos, y adornarlos y ponerlos en buena luz y en su punto de vista; sé que hablé por tres cuartos de hora sin rozarme poco ni mucho; y sé finalmente que terminado mi discurso, me retiré corrido y algo mohino á mi aposento.»

En estos términos se expresa el P. Fortis, cuyo sermón fue tan del agrado de sus oyentes, que en seguida todos los Padres fueron á darle el parabien y hacer el elogio de un sermón, que «pudiera pasar,» decían ellos, «por modelo del arte oratoria y obra maestra de vigorosa elocuencia.» «Si así es,» dijo al oírlos el P. Fortis, «atribuídlo al P. Provincial con su *Ave María*, y á su mandato y confianza en Dios; que lo que es yo ni sé lo que he dicho ni cómo lo he dicho.» De estos casos pudiera referir aquí bastantes, si no temiera molestar al lector por la semejanza que tienen unos con otros. Bastará concluir con lo que muchos atestiguan con juramento, y es, que no pocas veces los súbditos pudieron hacer cosas superiores á las propias fuerzas, y lo debieron á los merecimientos del P. José y á la prontitud en obedecerle.

CAPÍTULO IV

Promueve el Siervo de Dios la causa de beatificación del P. Francisco de Jerónimo. — Adquisición de la casa profesa ó Jesús Nuevo. — Instálase en ella el P. Pignatelli. — Congregación Provincial. — Exequias del P. General Grüber. — Plantea la vida común en toda su pureza. — Predice al P. Fortis un suceso futuro. — Establece la pobreza con gran perfección. — Anuncia un grave castigo. — Terremoto del 25 de Julio. — Caso sucedido con el H. Grassi. — Solícita caridad del Venerable. — Frutos espirituales del terrible azote. — Daños materiales en los edificios. — Magnanimidad del Siervo de Dios. — La fiesta de San Ignacio. — Regalos de los reyes y de la condesa de la Acerra.

1805

Apenas empezó á revivir en Nápoles la Compañía, puso el P. Pignatelli los ojos en activar la causa de beatificación del apóstol de aquel reino, el Venerable P. Francisco de Jerónimo, la cual había estado suspendida y abandonada desde el destierro de la Compañía de Nápoles. Al efecto nombró Postulador en la causa al P. Muzzarelli, que vivía en la casa del Jesús en Roma, y era teólogo de la Penitenciaría¹.

Dio el P. Pignatelli tal calor á este asunto, que el último día de Abril de este año de 1805 tuvo la satisfacción de ver ocuparse en él la Sagrada Congregación de Ritos. «Ayer, 30 de

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 103.